

SUCESOS PECULIARES

drn

** Editorial Nanahuatzin*
NARRATIVA





Editorial Nanahuatzin

Narrativa

2025

DiegoRobledaNavarrete

© 2025 | Editorial Nanahuatzin

Título original: *Sucesos peculiares*

Foto de Portada, contraportada: Vueltas de **DRN**

<https://editorialnanahuatzin.tumblr.com>

www.editorialnanahuatzin.com

editorialnanahuatzin@gmail.com

Texto publicado y registrado bajo la

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial CompartirIgual 2.5 México.



Cualquier uso ajeno al de la lectura y difusión deberá ser consultado con el autor y la editorial, así como dar el crédito pertinente. Todos los derechos reservados.

Hecho en México



SUCESOS PECULIARES



PRESENTACIÓN

Un descaro. Pero al final breve, al final pícaro. Relatos extraídos de la versión web de Editorial Nanahuatzin, publicaciones que recopilan un par de años de masacrar el teclado con estos instantes, estos arrebatos de vida. En esta ocasión, también ofrezco algunas fotos que acompañan al texto en su versión original. Espero, con honestidad, que este recopilado se convierta en momentos de gracia, júbilo y gozo, si no, lo seguiremos intentando. Enhorabuena por el aniversario de la Editorial. Gracias, por leernos.



ÍNDICE

Bisne	11
Capturado	12
Ladridos de perro	14
Mesera de un café	15
Dos mujeres y un hombre	16
Caballos voladores	17
Flautas de carne	19
Parque de los Venados	21
El hombre de la imagen	23
Hienas	26
Hundirse	27
Despunte	29
Pancita	31
¿Cuál frío?	32
Para no volver a verse	34
Ahí viene	35
Tú vienes a decirme algo	38

Trucos de magia	39
Desaparecerse en una noche canallita	40
Conversación	41
No me tolero	42
Teflón	43
Negocio	45
Ni te enteres	46
Persona con una sonrisa falsa pero conmovedora	47
Ese paso, esa cara...	50
Tooper con tapa verde, papel estraza y un señor de uniforme anaranjado	52
Dos mujeres fumando	54
El hombre de los pasos lentos y las ideas revueltas	55
La mujer de uñas maltratadas	56
Ardua tarea la de maquillarse en el metro	58
Manzana con chamoy	59
El hombre hundido	61
Un hombre canta canciones de Javier Solís	62
Paradero	63
Grillar la noche	65
Sala oscura	67
Martes de diciembre	68
Coctel de frutas	71
Tres pandillas inventando su tiempo	72

El chavo que se dio cuenta que soñaba 74

Momento iniciático de un vago 75

El carnalito hipnotizado frente a la t.v. 76

El calor de un domingo y la gente formada 79

Cascada 80





BISNE

Vine a dejar un bisne, espero no se tarde mucho, traigo nervio, traigo apuración.

– ¿Qué húbole ese Alan, cómo va?

Íjole, como que no quiero hablar mucho, nomás le sonrío, ando algo trabado

– ... bueno, pásale, pásale, ven...

Pus ya le paso, le entrego y me muevo...

– Tons, ¿sí se pudo?

– Se pudo se pudo..

– Vientos, a ver... Ah, ira, sí, justo es, es ésa, tons ya... pero, ¿sí sirve...?

Íralo, aí vas...

– Bueno, a ver... sí, sí sirve, va, aguanta...

Cáele rápido, que la prisa aprieta...

– Va, tons así, ¿no?, ya estuvo...

– ... Va va...

– Aguanta, deja te doy un taco...

La selección mexicana de futbol había quedado fuera del mundial en fase de grupos. El mercado no era aquel intenso enjambre, nada de esos inquietos zumbidos, calma; una canción pero a volumen bien bajito en alguna grabadora manufacturada en china. El señor del sombrero, a paso muy lento, cubrebocas y voz poco clara, preguntaba a los melancólicos comensales si *¿todo bien?* El otro hombre, el callado, el de movimientos nerviosos, esperaba unos tacos de maciza, con salsa verde y limones; detrás de sus gafas bien oscurotas, una prisa desconcertante.

CAPTURADO

Al carnalito el tira lo trae esposado y caminando y miando panohacercharco, el carnalito se ve entre sacado de onda y medio caliente, una mirada que inquieta, pupilas dilatadas de tanta rabia, de tanto andar en la condenada vida nomás mirando a quién se le atraviesa su mala suerte. El tira medio va enfadado, trae bien apañado al carnalito de las esposas y de su cincho; el tira ya radió al carnalito, ya lo están esperando, la caminata sobre la Rivera de San Cosme se dilató más de lo esperado en la mente de los dos, el sábado igual andaba caliente, de sol provocador, acá, brabucón, un reguetón tronaba insolente en las boclas de un negocio que remataba autos usados, *de mi vida te boté, te di banda y te solté, pal carajo uste' se fue...* El carnalito, aun esposado, como que le calaba duro la rola, hondo, le dolía y eso convertía a ese instante en una maldita perra pesadilla. El sol, encabronado, sonreía. El reguetón desgraciado rebotando en las caderas de las edecanes que perreaban y cantaban, *yo a ti te doy una sepultura dura, yo sé que con el tiempo la herida se cura.*



LADRIDOS DE PERRO

Los ladridos del perro se escuchan cada vez más cerca, el volumen del reclamo canino aumenta con el frío de la Ciudad de algún enero. Un madrugador camión de la basura acelera a sesenta en tercera velocidad, el perro ladra aún más recio, la noche comienza a quejarse apenas siente molestado su sueño, el ladrido del perro se parece más al grito de una persona, a un grito igual de agresivo, el mismo tono de reclamo.

El piano suena insistente, Alex Turner comienza a cantar en su actitud más arrogante y perdidiza, pareciera que no vale la pena el mundo, la noche amargada y con su piel entumida, los monos árticos en su canción que menciona algún Apocalipsis, un hombre muy distraído y una ciudad brillante. Por fin suena la guitarra y me distrae del ladrido del perro, que estoy seguro, no es un perro. La canción, en su parte final, me atrapa hasta el ensueño...

Camino por un largo pasillo, las paredes del lugar pintadas con murales de temas religiosos, grandes nubes con altos contrastes, seres de proporciones escandalosas, azules intensos, rojos realzando algún detalle siniestro, camino el pasillo, parece interminable, intento mirar mis manos, camino, alguien me grita, pero no dice mi nombre, yo obedezco, me gritan fuerte, ¡Gato!, ¡Gato! Ven, ¡Gato! ¡Gato ven! Dicen mi nombre y comienzo a recordar algo de mi pasado, de quién soy, soy el Gato, una mujer loca me puso así, la mujer que también me marcó el rostro, porque hablo con la persona que me gritaba, hablo, le digo que me acuerdo de quién soy, que la mujer loca me marcó el rostro el día que me gritó Gato, Gato, ven, Gato, y yo fui, hablo con la persona que me gritaba, es ella, es la mujer loca, me acuerdo más y camino, camino y sigo hablando, la mujer detrás de mí, comienzo a olvidar por qué me dicen Gato, nadie grita, el lugar es una bóveda gigantesca, oscura y sólo una luz al fondo en donde se adivina que hay un atrio, percibo el frío en mi ser.

La Ciudad en su pálida, toda fría, toda azulada, en su íntima reflexión. El perro aún ladra. Sí era un perro, pero también era una persona, dependía el lugar exacto en donde la manecilla chica del reloj se detuviera por un breve instante.

MESERA DE UN CAFÉ

Mi corazón escurre tristezas, mi cerebro chorrea lamentos, la Ciudad acumula charcos en donde se reflejan las construcciones, las personas, el vuelo de las aves; el cielo encuentra en las acumulaciones de agua su espejo mágico, la invariable noción de su existencia, de su importancia en esta esfera que cuelga angustiada.

– ¿Éste de dónde es?

– De la cuatro...

– ¿De la cuatro?

– Sí, de la cuatro, pero me equivoqué, se me fue, pidió pechuga sola...

– ... Y ésta es gratinada...

– Sí manita... chin, orita veo..

– ...

Gota a gota me canso en reclamos, me obstruyo el paisaje a mi alrededor, trato de no confundirme tanto. En la cocina del café le suben un poco al volumen cuando se escucha en las bocinas *Cómo la quiero, cuánto la extraño*. Le doy un sorbo al lechero cargadito para sentir la vida en los nervios, en la sangre.

– ... Sí señor, ya se la cambio, disculpe... (cuando se acerca a la caja se le ve algo desesperada, digo, eso es lo que se nota en sus ojos, lo demás es cubrebocas y manoteos incrédulos. Teclea una cifra en la pantalla, lo hace de nuevo, de nuevo pero con más coraje, vaya día, y llueve)

– Se van de la ocho...

– De la ocho, bien, ya voy...

El auto acelera pero la música le gana al motor, *Quiero morir en tu piel, seduce a las sombras que caminan por las...*

La luna, muy grande, la luna tremenda, brillando hasta hacer estallar las pupilas, la luna sacrificada, la luna más cerca de la existencia. Una Ciudad en colapso, un temblor inesperado, la luna en Coyolxhaouqui, inmensa, de regreso, la luz, una luz en donde desaparece la existencia.

DOS MUJERES Y UN HOMBRE

No hablaban español. Antes de tomarles la foto alcancé a escuchar que venían de Xochimilco. Se reían mientras se retrataban digitalmente en el Centro de la Ciudad. Las rocas, los vestigios, la iluminación les provocaba alegría. La noche se les acercó misteriosa entre el viento, sonrieron reconociendo el saludo, la caricia del mundo. Se tomaban fotos. En una querían aparecer los tres y los edificios iluminados detrás. Con la mirada, una de las mujeres me invitó a tomarles la foto. Apenados, el hombre y la otra mujer, sonreían. Dije que sí con la cabeza, me acerqué y el hombre me dio su celular. Se quitaron los cubrebocas, les pregunté que si con flash, el hombre me contestó, con una voz que hablaba otro idioma y se quejaban al hablar el español, que la tomara así, que ya estaba lista. Tomé la foto, el flash, después llegó mi espanto, pude ver detrás de su alegría, pude ver eso muy distinto a lo humano. Intenté explicármelo mientras me acercaba a devolver el móvil. Lo entregué, siguieron sonriendo, mi mente, mi curiosidad, estaban por estallar y elevarse hasta las constelaciones nacientes.

Caminé sobre Venustiano Carranza. Rasqué mi cabeza. Intenté caminar con calma, de tanto pensar sentía que se me iba a olvidar caminar, tropezaría, la gente caminaría sobre mí, ningún paseante escucharía mis gritos. Caminé, caminé sin poder arrebatarle a mi mente las imágenes que había capturado la cámara del móvil. Sonaba *Bésame Mucho*, la multitud crecía alrededor de un sujeto moviéndose de manera inusual.

CABALLOS VOLADORES

- Te estoy diciendo que sí....
- Que no, que no me convences...
- Éste cuate, que te estoy diciendo que sí, que sí, que así es...
- Que no pues, no se puede, no es posible, nada de tus tarugadas, ni tarugadas, cuentos chafas...
- Ora pues mano, bájale, nomás te estoy diciendo unas notas, te vas a poner jodido, pues calacas con la plática...
- Tampoco te ofendas mano, está rara tu onda...
- Dices, pero ya verás, ya verás, ni vas a ver, se te van a quemar las pupilas, y no sé si te va a doler, no sé ni cuánto tiempo pasará... (hace una pausa larguísima, dos autos aceleran, una madre le grita a su hijo, le regaña, varios pájaros bajan al parque)... ya verás, ni me creas pues, ni me creas....
- Ni te creo, hablador... eso de ver volar las esculturas del Palacio, ya está muy jevy, mejor prepárate para que se te vaya el alma con este temazo de Celia Cruz...
- Ya vas...
- *Aunque me cueste la vida...*
- Ni siquiera son historias que yo me haya inventado, ni siquiera, ya te vas a dar cuenta, ni tiempo te va a dar de acordarte de mí, ni tiempo, vamos a pagar el no escuchar, el distraernos, ya verás... Ya te dije ni vas a poder ver... ni vas a poder ver, yo digo... ya ves, yo digo, que sí, y si volaron, si se movieron del Palacio fue por algo, por esa razón, porque algo está por volver, algo inmenso, algo de lo que ni siquiera nos vamos a poder acordar...
- ...
- ...
- Mejor súbele mano, súbele bien pa que veas qué onda...

Tú no sabes nada se arrancó, Toña la Negra, malvada, esperaba su turno.



FLAUTAS DE CARNE

El domingo descansaba en los brazos tibios de un astro perezoso, adentro, en la lonchería, las personas comían flautas de carne, tostadas de pata, tortas de variedad y quesadillas de papa, de esas que parecen más tortilla frita doblada; las tostadas, las flautas y las quesadillas de papa llevan crema, jitomate: dos trozos largos, cebolla picada, aguacate: dos rebanadas largas, queso; se beben cocas, manzana lift y del valle de mango. El hombre llega al umbral del lugar, que guarda una temperatura olorosa a grasa, aceite, maíz caliente, carne, papa... el hombre habla por teléfono:

– Mi amor, pero ya así está resuelto, ¿no?, por ese lado está resuelto, ya nos dejamos de cosas y por ese lado nosotros ya estamos bien, tú no te preocupes. Me puede dar una orden de flautas por favor... Sí mi amor, ya me voy a sentar, pero te digo tú no te preocupes, ya estamos bien, ¿o no?, la verdad, yo espero, yo espero, que se de cuenta, que se de cuenta y sea agradecido y al menos, al menos, de pronto, mil, dos mil pesos, ¿no?, pero yo espero, la verdad, pero bueno, eso ya no nos toca ni juzgarlo ni nada, en fin, y luego entonces, ¿por dónde vas?... ya, muy bien, con cuidado mi amor...

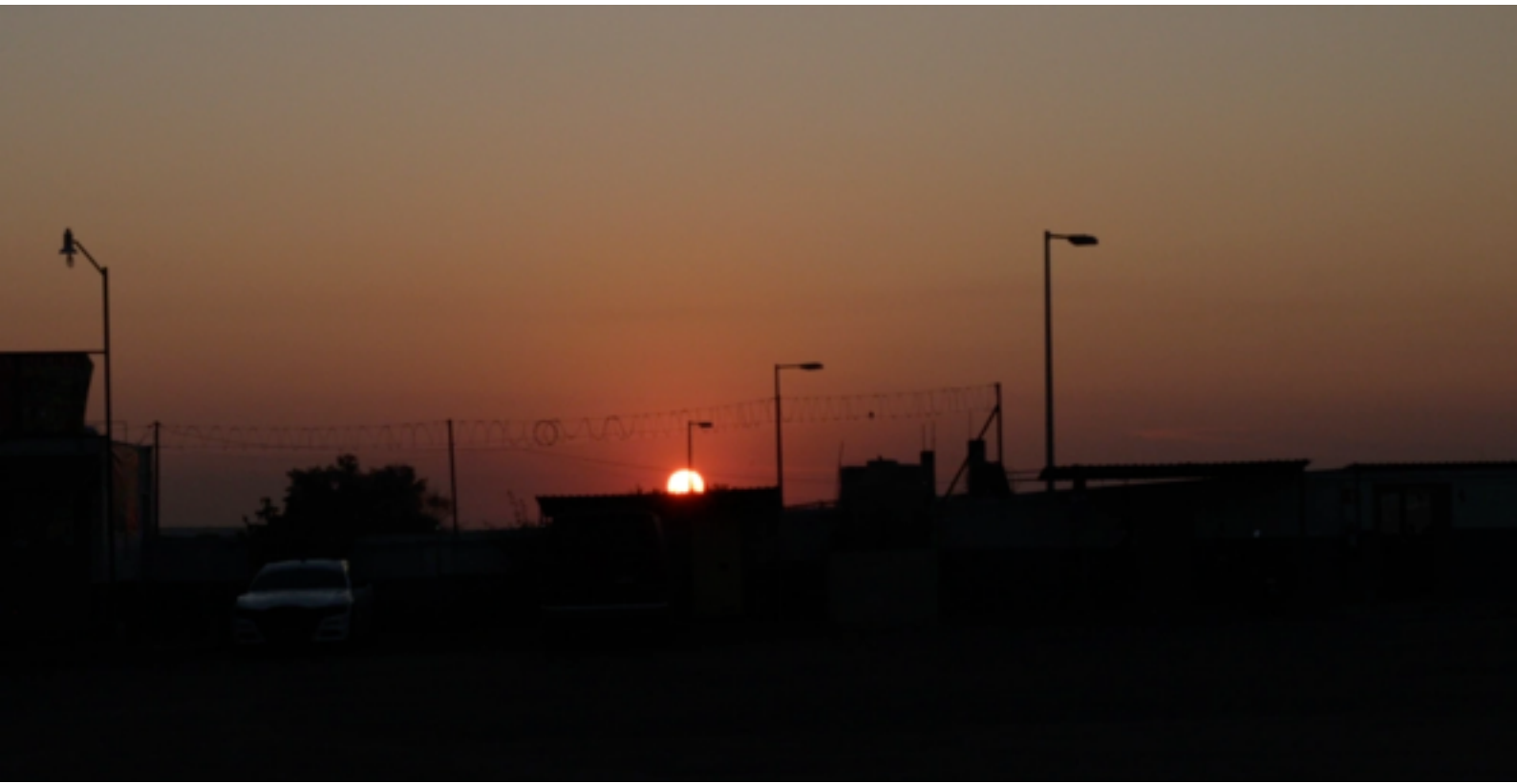
– ¿Con todo las flautas?

– Sí, con todo... sí mi amor, entonces tú no te preocupes tanto, espera...

El hombre que porta gorra azul marino con el logo del equipo de beisbol de Florida, recibe su orden de cinco flautas de carne con todo, las deja en la barra color naranja de la lonchería, se mira en el espejo que está frente a él, aleja el celular de su oreja, le toma una foto a las flautas, la envía por wats y sigue hablando por teléfono mientras come:

– ¿Qué tal mi amor, gustas?... (risas).... Sí sí mi amor... (da una mordida y come, come, escucha, no habla, intenta pero el bocado no se lo permite)... sí mi amor, déjame pedir una coquita... ¿me puede dar una coca, por favor?... sí mi amor, pues vete con cuidado, aquí me quedo pues, linda tarde mi amor... sí... sí.

En el reflejo de un espejo bastante limpio la Ciudad se deformaba hasta su más ridícula versión, entre tonos anaranjados, luz de medio día, de mírame y no me toques, un domingo que bailaba esa canción que dice, *voy a limpiar mis labios con agua bendita*. El olor a fritura se elevaba hasta las nubes que antojadizas se alejaban para no engordar de más.



PARQUE DE LOS VENADOS

Escúchame hijo de tu reputísima y perra madre, escucha, cállate el hocico perro desgraciado, cállate, pinche mentiroso, perro, cállate cabrón, ya te dije, pues vete perro, vete, vete cabrón, no me estés amenazando, pinche perro, vete a tomar, a drogarte, lárgate, pinche perro, hijo de tu pinche perra madre, me cae que te odio, te odio, te pinches odio, yo te di la mano cabrón, te hice el amor, y tú, eres una mierda, hijo de tu perra puta madre, mentiroso cabrón, ya, hasta me da pena, voy aquí en el camión.

Al otro lado de la línea, tambaleante, ojeras de profundas y oscuras galaxias, mirada extraviada en el desinterés, chaqueta de mezclilla ajustada, playera negra, rota del cuello, cabello corto despeinado, pantalones oscuros de poliéster, zapatos negros, calcetines a rayas rojinegras, andar lento, escuchando el odio, el desesperado reclamo, no sabía si colgar la llamada, contestar algún monosílabo o aventar el móvil lo más lejos posible, pero no podía, no quería, estaba obsesionado con eso, con el momento, con la manera de acontecer humano, ahí, en ese plaza acalorada, con la voz enfadada hasta la guerra, y por supuesto, obsesionado con su móvil. Siguió, tambaleándose, hasta llegar a la barra de una mezcalería, en donde sonaba, *dicen que te vieron lejos, entregándote al momento... dicen que llevabas puesto un vestuario tan violento...*

La historia entre estas dos personas no es tan compleja: se conocen en un instante no adecuado, ambos en una situación emocional peculiar: pérdidas, muertes, el entierro de una mascota, mudanzas, problemas familiares, económicos. Domingo, en el Parque de los Venados, cerca de las bancas con mosaicos pintados a mano, ambos traen un vaso de café en la mano, capuchino y americano, no, moka deslactosado y americano. Hay algo que pasa, un impulso demasiado animal, el olfato se agudiza, la cafeína les había alterado un poco, es lo que buscaban. Sentados a unos, creo, diez metros, se miraron, sin la mirada no hay mucho qué hacer, la mirada, después otra mirada, una más en busca del juicio. No me acuerdo, tampoco ellos se acuerdan de las primeras palabras que se dijeron. Se dieron sus cuentas de instagram,, la obsesión comenzó a crecer.

Al llegar al alojamiento, tambaleando, descubrió que en el camino había extraviado su móvil, mirando al techo, el foco, la grieta. Intentó quedarse despierto, trató de dormir de pie, se tumbó en el suelo, sobre la alfombra y los cojines, se fue a dormir tarareando una canción boba que le llevó al sueño más desgraciado: un hombre caminando sudoroso, sufriendo el calor, escucha los gritos de la vida a su alrededor, quiere escapar, no puede, no sabe cómo. Tirado, entre los cojines, duerme hasta el ronquido estelar.



EL HOMBRE DE LA IMAGEN

A esos tres.

Intratable, insufrible, un sujeto de no sabes dónde ni por qué, para qué, se recrimina la existencia dentro de su apartamento de luces blancas. En un intento para huir de su intensa vulgaridad, revisa su celular, afuera del mundo, lejos de donde habita este pelafustán, suena entre meteoritos una de las gruesas de The Jimi Hendrix Experience. El tipejo, recibe un mensaje.

Pax me escribe, películas s8, vas? Ni modo de no ir. Es miércoles, algún miércoles en la Ciudad. Monterrey y Circuito. La Roma. Ya vas. No imagino el lugar, no me interesa saber qué es, me pongo mi camisa más jagüaiana, le subo a la de *Caemos o volamos* en su parte más tropical, unos pasos increíbles de baile, me despeino frente al espejo, me miro tosco, me mando un beso, acaba la canción y me largo. Desesperada la impaciencia me llevó a las calles. Estúpido, contradiciéndome alucinando, aún, algunas lunas locas, y ahí está, en su fase más llena, el satélite, mi amor a primera vista, el retrato de la melancolía, de la maldita tristeza.

El metro y la noche me llevaron a unas calles bañadas en el perfume de jacaranda, moradita la Ciudad, húmeda, para caminar sobre el asfalto y sus charcos que revelan otras dimensiones, otros malditos mundos en donde perderse, o mojarse si se es medio distraído. La imagen me llama, la imagen de mi ser en los charcos, mis dimensiones perdidas, extraviadas, y la luna tan arriba, tan tonto de ella y de mí, me atrapa la imagen, sudo, respiro algo más que calmo, la imagen me susurra cerca del oído, un auto pasa en chinga sobre avenida Monterrey retumbando un corrido belicoso que putea los bajos de la nave negra, me distraigo, hambriento, busco unos tacos al pastor.

Eructo algo de hastío, me trago una menta para no llegar tan atufado. Esquina con Circuito, una nena loquísima camina por la avenida, acelera el paso hasta correr, no tiene prisa, está emocionada, la luna, más boba aún, observa ese correr alucinando el amor, la nena loquísima llega a la puerta de unos depts, timbra, alguien le contesta por el interfón, ya voy, una sonrisa en su rostro... Toco el timbre, *¿quién?, yoni, va...* Ruidos en el interfono, ruidos, empujo la puerta.

Me sacudo algo de estupidez, parpadeo más de lo habitual. Toco la puerta, me abre Baldíos, abrazo fraterno, saludo al camarada Beiq, y Pacs, aplastado en su infamia, me tira una sonrisa que merece un apretón de manos. En sus vasos la vida sucede oscura y pesada, densa, arriesgada. Se trata de películas, me advierte Beic,

yo feliz, atrás de las ventanas un hotel pinta la noche de verde; estos canallas andan escuchando al Nirvana, cero tos, una chela, preparar el proyector, engarzar la película, probar, establecer un diálogo con la máquina, una charla que el Baldíos procura, observando, moviendo pequeños engarces, bobinas, manipulando el filme, esos secretos de luz sacados del hallazgo, de lo fortuito. Cerveza. Papel. Ganya Fuego... *¿Qué problema tienes con la hierba del rey?*

Destilamos el oscuro secreto de la galaxia, bailamos más de un rocanrolito, guitarritas provocando al meneo, al sandungueo, el cine nos esperaba y habríamos de realizar el ritual completo, la música siguió, *Yo no le temo a los rayos...* medio que quería llover, medio que no. El proyector, con un movimiento mágico de Dr. V., comenzó a sonar, traca traca traca traca traca traca, la emoción, algo de luz en la pared, el proyector de 16mm sobre la gran mesa negra, la imagen en movimiento en ese muro de la colonia Roma, los autos afuera con sus lucesotas, los motores de las motomamis, el maldito ruido de una Ciudad que no se va a detener, los gritos de las personas, las máquinas en su re contra necio cuchicheo, el proyector en el departamento, sonando, *iapaguen la luz!, iquiten la música!* Sucede. En tonos inenarrablemente rojos, naranjados, pálidos, fascinantes, de otro tiempo, dos mujeres se masturban entre sí y cogen, se besan en una cama, muebles de madera, sexo, sexo de labios a vagina, de clítoris a vagina, sexo y cuerpos, cuerpos delirándose en el cine, cuerpos en la pared, los cuadros de la imagen entorpecieron, de reversa, después siguieron su curso, se alteraron, se quemaron unos cuadros, otros, otros, regresó la imagen, brilló brilló, Pacs, enervado de tanta luz corrió hasta estrellarse con la pared, su cuerpo cubría los últimos frames del carrete, la luz fue más intensa, deslumbrante, obscena, cegadora.

Traca traca traca traca traca, la luz del proyector nos mostraba aún el cuadro en donde antes estuvieron las mujeres, ahora, varios cuadros rayados, números y a un costado inferior derecho del frame la palabra *fin* en cursiva. Pacs, no estaba en la sala. El proyector se apagó. Oscuridad.

No le advirtieron. No les avisaron. Ni siquiera lo imaginaron. Entre meteoritos, lejos de ese departamento en la Roma, mucho más allá de la Ciudad, seguía en un solo infatigable de guitarra, The Jimi Hendrix Experience.



HIENAS

Las tres mujeres se reían sin tapujos, parecían hienas. Leía Mi madre ríe, de pronto, sus carcajadotas distraían mi lectura, comencé a enervarme y sentirme aludido por sus risotadas, la más vieja de las tres jugueteaba con las otras dos que de cualquier mosca volando se atacaban de risa. Intenté no distraerme, la lectura me decía cosas muy suaves, algo de que debemos recordar que a veces fuimos felices, entonces mi cerebro se dijo, tranqui mai, tú déjate ir, pon atención a tu vida, a tus ruidos y deja que los demás vivan sus infiernos, sus egos, sus exageraciones, déjalas ser en ese vagón del metro, sentadas, protagonizando sus vidas, déjalas ser. Una de ellas, la de gafas, que traía los audífonos puestos, comenzó a cantar cuando el ambiente estaba más #funky, gritaba, y tú que te creías el rey de todo el mundo, alguien emitió un shhhhhhhhh, me acomodé en el asiento, las miré, a las tres, sonreí. Sonreí y me convertí en una hiena más. El tren avanzó acelerado buscando una luna que se le había perdido ya hace un rato. Me dejé ser.

HUNDIRSE

Sus ojos son mentira. Se mueven alocados. Contesta la llamada. Pero no miente, platica y comparte el nombre de la estación en donde el metro se ha detenido a causa de la lluvia. ¿Bueno?... Sí, regresando del trabajo... ¿Dime, qué pasó?... ¿No me digas que ya falleció?... No... Y no tengo crédito... ¿Cómo le hago?... No, pero pues yo quería irme el sábado, allá, a la alberca, a la casa de Lulú... Sí pues ahora ya no sé, a ver, espérame tantito. El metro aún no avanza, no lo hará durante los próximos diez minutos, la mujer coloca el bolso sobre sus piernas, hace malabares con el celular y se lo entrega a su amiga, le sonríe, entrecierra los párpados y le dice que se lo detenga unos minutos, su amiga sonríe mostrando su dentadura desubicada, de formas desquiciadas, debajo de las gafas de bordes plateados sus ojos verdes juegan con el estrabismo y tratan de no estar atentos a la llamada, sin embargo el tono y el volumen de la voz piden atención, la mujer estira la mano y le pide a su amiga el teléfono. ¿Entonces qué te dijo?... Me imaginaba... ¿Pero fue hoy?... ¿Pero qué, cómo fue?... Ay, es que cuando lo vi estaba muy bien... Pues sí... Ya ni sé... A ver, ¿tienes dónde apuntar chaparrita? Está por leer una cadena de números escrita en la hoja de su libreta de ventas, dicta número por número, frente a ella un hombre golpea con la palma de sus manos debajo del asiento de metal, otro varón chifla reclamando la espera al conductor, a un policía; en las bocinas del vagón chilla una grabación pidiendo paciencia, la marcha del tren será lenta, por su compresión gracias, tres hombres expulsan de sus labios vientos enfadados, música de la molestia, lxs pasajers mueven sus brazos, las piernas, giran el cuello, entrecierran los párpados, abren la boca, respiran lento, tosen; a un costado de la amiga de la mujer una joven lee un libro de estadística tré.

Cuando la señora se levantó sus huesos le dijeron basta, no quería moverse, le comunicaban un ardor particular, un dolor siniestro, su ser de calcio deseaba seguir sobre el asiento metálico, antes de dar un paso encorvó unos grados sus vértebras y se despidió de su amiga, cargó su bolso sobre el hombro derecho, se sujetó del tubo de metal, dio dos pasos tímidos sobre el suelo del vagón, se acercó a la puerta y se miró repetida en el vidrio, la calle, los autos, las prostitutas, las personas caminando, se confundían con su otro yo, su falsedad, su no existencia; pero se sintió humana al mirarse en esa superficie, se vio respirar, ejecutó un movimiento con los brazos, al verlo instantáneamente repetido se supo mortal, percibió su respiración acariciando su piel, vientos de su interior, de su calor; sus manos sudando, una de ellas intentó no soltar el tubo metálico, el tren avanzó, se sumergió en los interiores malolientes de la ciudad, la mujer se hundió también.



DESPUNTE

– ¿Un despunte?

De la vida solicito un poco de calma. La primavera comienza a decorar los árboles de distintos tonos morados. Un perro ladra sin demasiada emoción, dos hombres caminan tratando de descifrar un misterio familiar. Otro hombre, supongo, camina encorvado divagándose, entreteniéndose con sus males laborales.

– ...No, cómo... si me ofrecieron helado, pero estaba caliente, y pues así cómo...

– No pues no, ni refresca..

– Pues, no, ¿cómo helado caliente...? Así no, me sentí engañada...

Mi reflejo es un tanto borroso, podría no ser yo el que está ahí, sentado, esperando, adivinando el instante. Chaschaschaschas. Comienzan a caer los mechones. Chaschaschaschas. Las tijeras, veloces, afiladas, rebanan el tiempo y con él mi instante, mis distracciones. Me atomizan agua y mi piel se eriza, se impregna de recuerdo, de bobadas, de noséqué.

Shas, shas, shas, shas...

Nos tenemos miedo y no sabemos por qué, o tal vez sí, pero no nos lo decimos. La tarde se invade de fríos, el sol, fatigado, continua el camino, las hojas de varios árboles de robusto tronco deslumbran de tan reflejantes. Nos tenemos miedo, apenas y nos entendemos detrás de los cubrebocas. Me miro en el espejo, y sí soy yo, me doy hueva.

Una balada suena delirante en unas bocinas, allá, en la calle. Adentro, el corte casi termina. Aun estoy ahí, frente al espejo, o detrás, o adentro, ahí, en la sobredosis de instante, acariciado por las manos firmes de una mujer: vierte talco en una brocha redonda, el lugar se llena de una bruma de dulce olor, la mujer sacude los trozos de cabello que quedan en la capa en que me envolvió. Entrecierro los párpados. Su voz me dice que listo. Y listo, me miro otra vez, frente al espejo, lo mismo, menos peludo, más extraviado. Pago cuando a las paredes del lugar les toca su embarrada de naranja solar. Huele a infinitos, huele, a presentimientos. Me detesto. La balada romántica insiste en complicar la neurona.

Me retiro y miro mi pasado tirado en el suelo de la estética unisex.



PANCITA

De nuevo bien pinche crudo. Salgo de casa y camino para revivir. El viento en sus travesuras me lleva a la Portales, la gente grita, vende fruta, pollo, el calor incita a la calma, las filas en todos los puestos, en las tortillas, las cremerías, en los restaurantes, un domingo en donde al parecer amanecemos con una cruz de olvido insensata. En el mercado la carne fresca, la sangre en el suelo, los pescados y sus ojos brillantes mirando la muerte. El olor de la comida, del animal cortado en gruesos cachos. Rica pancita y pozole. Le llego. Comparto mesa con tres personas, preferible a estar afuera tragando sol. Una pancita chica y la michelada clara. El aroma de las vísceras sazonándose, los frijoles refritos, el molito negro, el arroz con huevo frito, dan la bienvenida e invitan a sentarse en fá. Llega el plato chico, libro, pata, cayo, panal, un limón al caldo, sal, orégano y antes un mega trago a la chela en el vaso escarchado, sudo de nervios. Afuera, un señor toca un tambor elaborado con una lata grande de chiles guardesmeños, el hombre trae un penacho y una pechera de piedras azules arriba de su camisa gris, también acompaña la tocadura ancestral con las conchitas en las piernas y una flauta de dulce melodía, digna de una cruda dominical. El hombre pide algunas monedas, y distraído en la pancita, hago que no escucho y paso por esta vez, el hombre sale del lugar. Mujeres, ancianas, adultos, jóvenes frente a un plato que nos deja con los labios manchados de naranja. Un poco más de sal, limón, mordidona a la tortilla echa a mano, de las ricas, mordidona doble, en el televisor un documental antiguo de la vida en la Ciudad. Provecho, para el personal que se queda ingiriendo el alimento, me retiro, obvio, pagando la suma escrita en tinta azul en un papelito blanco. Afuera, un señorón de setentaytantos, cabello blanco, postura jorobada, vende carritos de juguete, le pregunto por un par, nomás por saber, le digo que pa la ostra, que no traigo, pero que estaban chidos, pura joyona, el ruco me sonríe, me dice que sí, y antes de que me largue, me suelta estas palabras mientras se toca el oído: más rápido que tarde. ¿Qué puta maldita cosa me quiso decir? Me largo.

¿CUÁL FRÍO?

Los dos hombre calzan zapatos negros de piel y punta chata. El sol les obliga a entrecerrar los párpados. Caminan sobre una banqueta de esta Ciudad, uno de ellos mueve entre sus labios un mondadientes de madera; los dedos de los dos huelen a cilantro, cebolla y carne de cerdo frita, también hay un aroma a limón. El más alto de los dos lleva, ya un poco mal acomodada en su cuello, una corbata roja con delgadas líneas azul marino; la corbata del otro es azul cielo; caminan y en el asfalto se dibujan unas sombras de gruesos y definidos bordes. Los dos visten sacos de tonos grises. El calor hierva las ideas, los pantalones, también grises, pero más oscuros, más calientes; los dos apresuraron su andar, automóviles, personas, máquinas y animales, emitían su rutinario sonido...

– Qué frío...

– ¿Qué frío?... ¿cuál frío?... ¡Qué vas a tener frío!

– El de ayer... frío el de ayer... ¿qué por tu casa no hizo frío?

– Por mi casa no hizo frío... no hizo... ¿Cómo vas a tener frío?... ¿No se te calentó el puerco con los de costilla?...

– ¡Mmmta!... Ora hasta me los vas a contar...

– ... Yo nomás digo que cuál frío...

La oficina se encontraba a tres calles del puesto de tacos de carnitas, el edificio no provocaba emoción alguna con su arquitectura. Los dos hombres continuaron su caminata. La Ciudad reclamaba al mundo algún extraño mal de amor. Los hombres gastaron palabras para saldar la cuota de la supervivencia urbana...

– Me contestó con una carita así sonriendo...

– (Riéndose, conteniendo un eructo)... entonces ya fue mano, ya fue... olvídale...

– Pues sí, de volada la capté, que le contesto #hastapronto #BFF

– ¿Eso qué?

– ¿Cómo qué?

– ... bueno ya...

– Entonces... ¿vas a firmar?... firma, firma y ya, con eso ya, ya la hiciste, ya chingamos...

– Sí, sí voy a firmar...

– Aista... no hay pierde... no hay pierde...

– ... pues sí...

Traidora, la tarde la daba unos sorbos indiscretos al viento de noviembre. Ambos lucían más viejos en las fotos de sus gafetes. Llegaron al edificio, con un movimiento de cabeza saludaron al guardia, acercaron su plástico de identificación

laboral al torniquete de la entrada, siguieron su camino hacia la oficina mientras platicaban aún con el sabor a tacos en la boca.

– Tápate, dice que hoy también estará bueno el frío...

– Te digo....



PARA NO VOLVER A VERSE

– Arreció el agüita...

– Sí...

– A resguardarnos pues...

– Sí... un rato...

– ¿Trabajas acá?

– Na... me estoy guardando de la lluvia...

– Pus sí... pero moja más aquí, pinche chingadera, esta lluvia ta más recia que la madre...

– Sí... una bañadita...

– Nuuuu... y ayer lavé esa chingadera... ya ni modo pues... y ahorita trae baja la llanta delantera, y pus no la puedo inflar así nomás, tengo que ir al taller pues, o algo... sí pues... ta' chingadera...

– Pues sí...

De un segundo a otro el intenso llover se detuvo, minutos más tarde reanudó su insistente lamento. El señor calvo y de bigote tupido encendió un cigarrillo. El otro, dio un sorbo a la botella de vidrio que sostenía entre las piernas. Un olor intenso a leña quemada les envolvió la existencia.

– Ta bueno pues... nos vemos compa...

– Hasta pronto, buena tarde...

El ruido de la motorizada se fue yendo hasta extraviarse en la canción melancólica e infame que las nubes entonaban sin parar de llorar. El hombre dio un trago largo a la botella, la tapó y la guardó en un bolso de su pantalón, rencoroso, soltó un escupitajo al suelo y dio un golpe al aire que chocó con decenas de gotas de agua, murmuró travesuras y caminó sobre los charcos hasta perderse en las inundadas callejuelas del centro.

AHÍ VIENE

– ¿Usted no es de acá, ve’a?

– No...

– Se le nota...

– ¿Por?

– Como habla... ¿es del sur?

– No... del centro...

– Ya... es muy fácil darse cuenta, immaa!... a nosotros nos reconoces pronto... rapidito... y por la coca... immaaa! Por la cocacola, nos encanta la cocacola, rapidito se dan cuenta, nos encanta la coca con pan, con todo, con todo la tomamos...

– Mmm....

Las insistentes gotas chocaban con el improvisado río que apresuraba su ritmo sobre la calle. Mujeres y hombres caminaban en las banquetas, de sus cabellos escurría el agua del mundo, el agua de la galaxia. El camión se iba a tardar, la lluvia, bien lo dicen, cambia el ritmo de la vida, la cadencia del existir se modifica cuando llueve, cuando la piel se eriza, cuando el ánimo se siente conmovido, desconcertado.

– ... ya llevo rato y no pasa... ¿usted cuál toma?... a ver... ¿ése qué dice?

– Margaritas...

– Ah no... no, yo estoy esperando el Villa... ya tardó...

– ¿Sí...?

– Sí, ya tardó pues, ¿ése qué dice?

– Péreme no veo... dice... dice Isste...

– No.. menos... no... de regreso sí me queda, pero ahorita voy a trabajar....

– Mmm....

– Sí... pero ya voy tarde... es que esta lluvia nomás no deja... no deja... y pues tengo que ir a trabajar, antes sí me quedaba ir en el Isste, pero ya no

– Mmm...

– Y la lluvia está calmita, con la inundación estuvo peor...

– ¿Mucho peor?

– Mucho... en mi casa pusimos los sillones afuera, nomás afuera así, no nos quedamos con nada, con nada, nomás faltó tantito para que cubriera toda la casa... no quedamos con nada...

– ¿Nada?

– Nada... deberían suspender las clases cuando llueve así, no cesa pues, no deja... nomás no deja...

– No pues sí...

– ¿Ése qué dice?

– Orita le digo... mmm... no, no es, pero el de atrás sí dice Villa...

– Bueno, pus como sea ya ahí viene...

– Pues sí... Ahí viene...

Infatigables sus respiraciones... ambos, abordaron el transporte. Plap, plap, plap, plap, plap, plapplapplapplapplapplapplap, la lluvia insistía con la tonada, la Ciudad intentó no ahogarse en sus húmedas penas.



TÚ VIENES A DECIRME ALGO

– Tú vienes a decirme algo... es raro que vengas así como así... así...no... no es normal... no es normal que vengas...

El silencio petrificaba las intenciones más nobles. El momento atiborrado de insensateces, de reproches y conjeturas mal hechas, de viajes de la mente... En las noticias aún se discutía la relevancia suprema de rescatar la industria petrolera nacional, después entrevistas a trabajadores que se manifestaban por despidos injustificados o falta de pagos, luego, un reportaje de la violencia en contra de las mujeres. Por algo llamado vortex, los fríos en algunas zonas del mundo era muchos grados menos cero. Ante la fruición de la locura humana ante su andar cotidiano, la persona sigue hablando, esperando que el té de jengibre le cure el dolor de garganta, habla, o le habla a un aparato de materiales metálicos, le habla a una pantalla brillante, al espejo oscuro – dice la serie de televisión– le habla a un instante, le habla a la fulgurante rutina que acontece frente a él mientras bebe otro trago, percibe el áspero sabor. Rasca su cabeza, despeina su melena y duda de sí mismo, duda de su existir, duda de esta Ciudad y su repentino calor infernal, duda, duda y sobre todo, evade cualquier respuesta. El ruido de los aviones le distrae, en la calle alguien escucha una canción de los Los Relámpagos del Norte; la Ciudad le entra a lo pantera y sin disgusto se deja querer por sus miles de millones de habitantes.

Dejó de hablar por el teléfono móvil. El té de jengibre reposaba en su estómago. Un malestar corporal habitaba su ser, su estar. Algo estaba por acontecer y él sabía lo terrible de la situación. Sin pensarlo tanto, se levantó del sofá, se puso un sombrero muy a lo chico del blues y se marchó de sí, de su espacio, de su casa, de su maldito recordar. Algo le iban a decir y no estaba dispuesto a esperar ahí, enconchado en su patetismo. Huyó de su espanto.

El enfado de la existencia le recriminó su decisión, el sol, agresivo, le embarró sus infamias mientras le recitaba poemas de Vásquez Aguilar. Caminó pretendiendo escapar del tiempo, de su caprichoso futuro.

TRUCOS DE MAGIA

El mago Montes se aventó los trucos básicos para ganarse unas monedas, de su bocinona negra con luces gamer salía la voz de Luis Miguel en un boleruco rompeyrasga. La pareja de enamorados, en su merengue, en su Girondo, en su estado mental de jarabe para la tos con mezcal tobalá, le dieron unos cuantos varos; el mago Montes también se aventaba los halagos, el chascarro, la chamba rica para que el respetable hiciera una bonita transacción con él a cambio de sus trucos y cualidades. Apenas terminó el de las cartas, intentó el del cordón pero le salió mal, es que joven bella pareja si me permiten la verdad ando distraído hoy es el cumpleaños de una persona pues especial y pienso llevarle serenata así con esa bocina, ¿y cuál le va a cantar?, pueess... primero la mañanitas luego... luego no sé ¿ustedes qué dicen voy o no voy? Es que se me olvidó la vi y no le dije nada pero pues quiero ir ¿voy o no voy?, pues vaya vaya es hoy mi mago Montes es hoy nunca otro día siempre hoy. El mago Montes sonrió, así, suave, ojos brillando, labios estirados en un rostro iluminado por las luces blancas del café de la Moderna; el mago Montes, emocionado, dio las gracias y caminó sobre una calle que con sus faroles amarillentos le reclamaba tanta felicidad, el mago, de un chasquido, apagó los focos y cantó fuertesito, varios vecinos le escucharon gritar, ¡digo yo que al santo que no me quiera, que no me preste favores, que mala cara me ponga tampoco yo le prendo velas!

DESAPARECERSE EN UNA NOCHE CANALLITA

La oficial número diecinueve ochenta y cuatro de la PBI revuelve por última vez su café capuchino, la banca metálica del seven eleven aguanta sus nalgas frías. Da un primer trago para probar, se quema los labios, es clásico que le suceda eso, pero le gusta, le agrada sentir ese resquemor en su delicada piel. Sus compañeros de rondín revisan un par de hojas impresas con números y nombres, mientras dan lectura tachan y dejan rayones de tinta negra en las hojas. La oficial número diecinueve ochenta y cuatro mira su reflejo en el vidrio de la tienda de autoservicio, se observa cansada, se observa muy parecida a la persona que era ayer, parpadea y se mira distinta, es un ser distinto, una posibilidad de la vida, un encanto de la noche, se mira, no se reconoce, es una figura que pasma el entendimiento, es una criatura expulsada de los sueños más inquietantes.

– ¡Órale Ruth!... estás muy pasmada, ¿andas en piedra o qué?

– ...

– ¡Írala... ¡Ruth!... ¡Ruth!... Ire pareja, la Ruth se quedó pasmada... ire... ¡Ruth!

– Mmmmtaa... Ruth... Ruth... ey, Ruth, compañera.... mmmm... Achis...

– Ire... le dije, le dije...

– Ruth... Ruth... ¡Ruth!

No. No iba a despertar porque no estaba dormida, estaba atrapada en sí misma, en una dimensión de ella que sólo Ruth conocía, esa Ruth, ahí sentada en la banca de metal y el capuchino enfriándose. La oficial no iba a parpadear otra vez. Su cuerpo de músculos rígidos sería llevado al hospital más cercano, los dos compañeros de rondín y la muchacha que despachaba en el seven darían su testimonio a los paramédicos. Por la madrugada, en una habitación del hospital Veinte de Noviembre, Ruth despertaría, lento, respirando sin prisa, acostada, mirando al techo, suspiraría unas palabras incoherentes. Alguien en otra dimensión, hablaba por ella...

– Ayuda, ayuda... vamos a desaparecer...

CONVERSACIÓN

– ¿Me pone una recarga de veinte pesos por favor?

– Sí... ¿qué compañía?

– telcel

– ¿Número?

Entra un hombre a paso pesado, se acerca al refrigerador de las cervezas, habla detrás de su cubreboca con un encargado de la tienda:

– ¿Qué pasó pareja?

– ... ya no habías venido...

– Na, tú no estabas, vengo seguido...

– Na, huevos qué...

– Sobas

– Soplas

– Cabeza

– Clavo

– Mamas

– Abajo

– Pongo

Los dos comienzan a reírse en tonos inusuales, juguetones, inofensivos, de esos que se saben derrotados; las risas continuaron por unos segundos más, después, el hombre, con seis cervezas de lata en la mano derecha, caminó hacia la caja y puso el six sobre el mostrador. Pagó. Tarjeta de débito. Nip. Ticket.

– ¡Cámara! Me lo cuidas...

– ¡Agarras!

– ¡Ai te ves escarfeis!

– ¡Sale!

Atontada, atosigada, la luna se inmiscuye en el cielo de las cuatro de la tarde, otra vez, neceando con las notas viejitas del King Krule. La tarde pide a gritos de ambulancia y rechinares de llanta, un poco de calmo frío, un poco de Ciudad Durmiente. Algo ruge, algo ronda, será la muerte, será el hastío, el profundo desconcierto de la humanidad.

NO ME TOLERO

Insatisfecho del vivir, de la sociedad, me despierto con una estúpida tonada de los Black Keys, guitarras necias, batería inagotable. Sacudo las neuronas con frenesí. La Ciudad, de malas, bufando ambiguas historias de lunes. Camino algunos pasos necios dentro de la habitación. El vecino de arriba arrastra la silla de forma violenta.

Me gustan los plantones, las manifestaciones; me gusta cuando toman las calles y las convierten en otro espacio, las transforman, las hacen peatonales, delimitan territorios, organizan campamentos. Necio de mi existir, de mi estado de ánimo, respiro lento, la luz del día que se cuele a la cueva me cautiva, me invita a quedarme observando durante un largo tiempo, un tiempo raro, uno viscoso que suena a guitarra con pedales de reverberación.

No me tolero, no me entiendo porque soy Ciudad, soy ruidos de motoneta, motores de autos, soy puertas abriendo y cerrando, me siento smog, me percibo contaminado, de ruido, de auxilios, de lamentaciones.

No me soporto, me acuerdo de la señora comiendo jícama de un tuper transparente, de la policía que permanecía de pie en la banqueta, de la señora en el supermercado escogiendo algunas prendas íntimas, de mi reflejo en las distintas superficies de esta Ciudad que nos multiplica, nos complica, nos arranca el alma. No me soporto, no me tolero, no me encuentro.

TEFLÓN

De olvidarte se trata. Sólo de eso. Pero no encuentro modo. No hay tal borrador, no hay manera de eliminar el recuerdo, la memoria, los instantes, no sé qué se necesita para dejar de hacer llorar al corazón; de qué manera tiene que trabajar la mente para reservarse el derecho de admitir otra imagen tuya, otro descalabro, otra maldita intensa apasionada fotografía mental de ti, qué le doy al cerebro para desaparecerte, para borrarte de una manera definitiva, a qué hacker de la neurociencia le pido una solución.

Pero quizá no se trata de olvidarte, se trata tal vez de manejar la infamia, la indecencia, el sinsaber.

Pero me despierto y basta el primer motivo y te recuerdo, ya no quiero, no quisiera, pero sigues en esta mente teflón, en esta manía de vivir. Despierto y ahí estás, del pasado, lejos, quién sabe en dónde, no estás, no estarás porque no es tu intención, no es la sensación que buscas, no son los ojos inquietos que quieres mirar. Definitivamente ya no me buscas en los sueños, ya no te encuentro, viraste para otras noches. Hasta mañana.



NEGOCIO

– Súbase doña, ¿para qué corre...?

– Sí verdad... siga aquí derecho pues, derecho hasta la esquina y da vuelta...

– ¿Usted es La Chica?...

– Sí, yo soy La Chica, y mi hija es la Blanca Iris, así le puse porque es blanquita pues, y todos decían que la blanquita que la blanquita, desde chiquita me la traían así... Sí, yo soy la dueña, aquí adelante, ahí estacionese...

– Aquí adelante...

– Sí, ahí, dé vuelta a la izquierda y se sigue nomás tantito, entonces me salió güerita y le puse Blanca, entonces también así le puse al lugar... aquí nomás, aquí, ahí se puede estacionar, ándele, adelante...

La vida más que anciana, más que vetusta, comienza a sonar a canciones de Agustín Lara, el día amanece algo frío, pero promete un sol violento, un calor para derretirse un rato. En el mundo, aún, suceden los conflictos armados, en los medios alarman con noticias que hablan de un país infame. Las corridas de toros se resisten a desaparecer. El siglo, el nuevo milenio apenas balbucea cuando la luna en su faz más tenaz, con sus muchas estrellas rodeándole, nos tira la última risita de la mañana.

Falta carne, verdura, habas y chiles secos, que la Blanquis me ayude. Ay el Nico.

La doñona sigue pensando sus chifladurías y se apresura para chambearle duro al negocio que le da de comer a su familia.

NI TE ENTERES

En las calles de la Ciudad se desatan sucesos de los que nadie se entera.

– ... Cada vez que digan tu nombre en mí pensarán, será mi cuerpo el que esté en las palabras que te construyen, voy a ser yo quien se aparezca cuando mencionen tus letras.

La voz trata de mantenerse firme cuando la noche apenas llega y los vientos emanan olores extravagantes. Depeche Mode suena macizo en algún maldito departamento de esta Ciudad, de este lugar en el planeta, un sitio en donde se fuma, se bebe, se canta, se baila en la oscuridad.

La Cerrada General Anaya guarda ecos que provocan escalofrío a quien transita por esos pavimentos. Andar por ahí despierta inusitados pensamientos, malabares hace la mente para no perderse, para no equivocarse en las afiladas sensaciones de su endeble humanidad. Una persona, tirada en el pavimento, se siente oscura, se rasca la cabeza e intentan acallar sus pensamientos, su voz salvaje. La Ciudad late y late tanto que hasta parece que baila una rola de post punk mexicano. Los vagos gritan sus embrujos de la madrugada, los perros callejeros se despiertan porque escuchan el ruido de una moto acelerada buscando un sombrío escondite.

Samuel se sirve el último trago de cerveza en un vaso flaco de vidrio que suda cuando el líquido es vertido en su interior. Samuel bebe y la oscuridad le llega a las neuronas de una manera extraña, se aleja, más allá del indescifrable ritmo de los sueños. La luna, más que ebria, se azota duro entre la galaxia con una rola tremenda de Depeche Mode.

PERSONA CON UNA SONRISA FALSA PERO CONMOVEDORA

– ¿Por qué tan tristes?... Yo sé que vienen de la chamba, ¿pero qué les pasó...? No estén tristes... Yo también vengo de la chamba, y pues... También... Pues unas, ¿qué no? –de la bolsa del oxo que agarra con su mano derecha saca una cerveza tecate roja de latón, también saca unas pringles de queso, habla, la noche se mira a sí misma en las ventanas del metrobús, el viento de Avenida Insurgentes llena los pulmones de ese ser que jala con fuerza el arillo de latón para abrir la cerveza, da un trago, uno inquietante, uno largo, uno quitased y sigue inventando el tiempo con palabras– ¿Qué...?.... ¿Todos cotorreemos, no?, ¿o no se dan chelas...?... ¿Entonces por qué me miran así?... ¿O qué no....?... Se sacan de cuadro, ¿qué no? –el ser pide permiso a un joven que seguro trabaja en alguna tienda departamental de Perisur, el joven mueve su cuerpo hacia el pasillo del camión, el ser da dos pasos y se acomoda, cándido, en el asiento de rígido plástico gris; el camión acelera sobre Insurgentes, de la luna solo sabemos sus suspiros, el ser da otro sorbo a la cerveza, abre el bote de papas de harina, toma unas cuantas y las mete a su boca– ¿Quieren?...¿Quieres una...? Vas... Date....

– Gracias...

– Chido...

– Chido... chido... ¿Cómo te llamas?....

– Áxel...

– Áxel...¿ y a qué te dedicas?

– Al comercio... al comercio, ya sabes, de aquí, de allá...

– ¿Y qué vendes?...

– De todo... pero ahorita ropa... ropa... sí, ropa de todo, es lo que más pega ahorita...– el ser que ya nos dijo que se llama Áxel, le da otro sorbo a la cerveza, atrás de él, la avenida y sus edificios, sus personas caminando, sus mujeres taconeando y sus hombres respirando fuerte... Áxel no sabe si continuar con la charla o parar, no sabe si continuar o parar, pero continúa– Entonces...–mejor para...

– Noo, pues yo sí me echo mis unas mis dos, vengo de un evento medieval y mezcal, vino, chela...

– Sí, no... pues sí... yo con el jefe, bueno, cuando tenía un jefe, nos íbamos a su casa, allá en Morelos, y así, la alberca, el calorsito, unas chelas, me acuerdo que esa vez fueron varios cartones, de las caguamas... ¿Pero por qué vienen tan tristes o

qué?... ¿Qué les pasó, qué les hicieron o qué?... Y pues ya, sí, pero pues ya nada más fuimos una vez...

– Te hubieran dejado las llaves, Áxel...

– Sí, pues sí, no... No, no...

– ¿Y dónde vendes?

– En varios lados, en la Ciudad, en varios lados, así, ropa, de todo...

– Ah... es que ando buscando unos tenis cafés, unos adidas, pero no...

– Uy, no, no, tenis sí no, casi no, más bien ropa, chamarras, pantalones....¿pero por qué tan tristes?

Avenida Insurgentes se sentía aún más interminable, los autos andaban en su aburrido ronroneo, las personas caminando en el estrecho espacio de sus melancolías, la noche, la noche de verdad insatisfecha, la noche desesperada, inquieta, traviesona, cínica, tan noche.

POR SU SEGURIDAD
NO RECARGARSE



ESE PASO, ESA CARA...

Cuando el calor está en esa actitud insoportable toda mente se nubla, se distrae, se reclama. En la avenida Tláhuac el semáforo está en verde y la gente cruza la calle, motos aceleran para ganar el cruce, un microbús gris antiguo se detiene casi en la esquina, en donde ya le espera el hombre de gorra blanca con piedritas brillantes, pantalón pesquero de mezclilla, tenis jordan imitación, un cuaderno italiano de cuadro grande con la pluma azul entre la espiral en su mano derecha, en la otra mano un atomizador de plástico con un líquido aromatizante en su versión canela. El hombre se sube al primer escalón del microbús mientras éste emite un ruido de querer frenar; entre gritando y platicando se dejan ir palabras:

– Qué hubolas, ése, adelantito va el Estopas, lleva cinco... qué, ¿vas empezando? Vas empezando... ¿vas empezando?– el hombre estira la mano para que el chofer le dé unas monedas– cámara, eso, eso...

Un joven de gorra negra, sudadera gris, carga una pequeña vitrina de gelatinas, convencido de acabar con la mercancía de hoy, se acerca al hombre del cuaderno y le ofrece una gelatina.

– ¿Una gelatina?

– ¡Jole mi niño... mmm... ¿de qué traes?...

– Grosella, limón, fresa, anís, chocolate, vainilla, vainilla con nuez, coco con nuez, también con pasas...

– Mmm... a ver mi niño, dame esa roja y llévale una a mi chava, que está allá, abajo de la lona azul, en la esquina, dile que se la mando yo...

– ¿Y quién es usted?

– El México, dile que se la manda el México... que agarre la que quiera...

– El México, bueno... gracias...

El México le da un montón de monedas al joven vendedor. El sol en sus llamas. El pavimento de la Ciudad cantando corridos. El joven atraviesa la avenida con el semáforo en rojo, se acerca a la lona azul, ofrece las gelatinas.

– ¡Ira! (chiflido), ira, ¡escoge una, la que quieras...!

Después de gritar, el México apunta con la pluma bic azul unos números arriba de otros números que estaban entre otros números. Se da un golpecito en una bolsa de sus pescadores sólo para sentir el montón de monedas que esperaba aumentara en las siguientes horas. En la calle de enfrente una gran carrosa fúnebre negra era acompañada por una banda sinaloense: trompeta, tarola, tuba, clarinete, canciones tristes, además de muchas personas que caminaban a paso lento, ese paso lento, y

esa cara de profundo desconcierto, esa cara. Entre las personas, un sujeto pálido, con esa cara, caminando con ese paso.



TOPER CON TAPA VERDE, PAPEL ESTRAZA Y UN SEÑOR DE UNIFORME ANARANJADO

Las tortillas aún están calientes y suaves. El guisado que está en el toper lo cocinó su hija mayor antes de irse al trabajo, ella entraba temprano a la tienda departamental por el inventario mensual. Al acordarse de su hija le da una mordida a la tortilla que ya había hecho rollito. Resaltar que comía sentado en la banqueta, detrás de un auto híbrido rojo. El calor provocado por las feroces intenciones del sol, antes de dar otra mordida al bistec en morita envuelto en una tortilla, le llevó al delirio, sentado, sosteniendo el taco con ambas manos, mirando la pared del edificio habitacional pintada de anaranjado, se acordó de su ser de tiempos pasados, se vivió en esos tiempos, su cuerpo permanecía tieso, su mirada atenta, en un sitio fijo; un perro callejero, algo mugroso, bien comido, andaba tranquilo, en sus cuatro patas, por la banqueta, hasta que al mirar esa mirada se conmovió, el perro de pelaje oscuro siguió su andar algo desconcertado, algo confundido de no entender eso, esa manera de ver; la mirada siguió así, quieta, la otra vida en su mente, recordando lo que fue, lo que vivió, intentando no regresar al calor, a esa Ciudad, pretendiendo quedarse ahí, en esos días, en esos intensos momentos, y lo logró, se quedó en esos días, en esos instantes de su mente, se quedó ahí, su cuerpo sin movimiento, confundiéndose minuto a minuto con los arbustos de la banqueta. Al día siguiente, cerca de las diez veinte de la mañana, regresó. Estaba muy acalorado, le dolía mover las articulaciones. Las tortillas se las había comido un perro grande, el mismo que también había triturado los huesos del bistec; quedaba la tapa del toper, pedazos de papel de estraza a su alrededor. La tarde muy infernal, en la tortillería sonaba una rola de The Horrors, un hombre poco sensato, de pensamientos confusos, caminaba a un costado del hombre que se levantaba buscando su carrito de basura.



DOS MUJERES FUMANDO

Otra vez el vago. Otra vez yo en los ojos del vago, reflejado en sus tristes pupilas, proyectado en su mugrosa piel, en ese cuerpo tirado en el suelo ardiente. Otra vez en esa misma dimensión, pensándome tan cerca, tan equivocado de mi existir, tan vago, tan libre de decidirme así, viviente del habitar mugroso, del hacerse cochambre. Otra vez en esa mirada que pide y no da, en esa respiración torpe que angustia. En el puesto de tacos de suadero una grasosa nube atrae a los comensales; un corrido que le canta a un sujeto inmortal y cabrón completa la escena. El calor reventando los termómetros de la CiudadQueja. El vago sudando sus pasados, su borrachera inmensa, evitando la resaca infernal. Otra vez yo en el vago, en sus movimientos, en sus harapos, en su apestoso ser.

En la banqueta, muy cerca del hombre con costras de mugre en la piel, dos mujeres de maquillaje discreto, cejas marcadas, piercing en la nariz una, en el labio otra, miran algún horizonte citadino, el humo que sale de sus pintadas bocas se ve temeroso, se percibe acobardado. El vago ni en cuenta de lo sucedido. Las mujeres dan la última calada a sus cigarrillos, antes de enviar la humareda al mundo desesperado, parpadean lento, sabiendo, muy sabiendo, que la vida no era aquello que les habían platicado y que en nada se parecía a lo anunciado en la televisión, a lo contado en las redes sociales. Se pusieron de pie, una ayudó a la otra, en silencio, se dirigieron hacia la entrada del metro, antes de abonar veinte pesos en su tarjeta, sin dudarle mucho y pensando en hacer una buena obra, le tiraron unas monedas al vago que completarían para su panalito. Susurrando, una de ellas le dijo al universo, *el que por su gusto muere...* Ambas, y hasta el vago, desaparecieron de la vida, perdiéndose entre la gente, intentando llegar a un sitio, en una hora, en un tiempo, entregándose a la absurda realidad.

EL HOMBRE DE LOS PASOS LENTOS Y LAS IDEAS REVUELTAS

Inquieto, abro los párpados, salgo del sueño, recuerdo que ayer mi chava me dijo no te azotes, me cago de la risa, me vuelvo a dormir. Me despierto, trato de ubicarme en el planeta, de hacerme vida, de sentir sangre en mis venas. Entorpezco mis ganas de vivir y pestañeo veintisiete minutos más, despierto, #enserio #deverdad, sintonizo mi respiración con una buena tonada de música oscura, Komakino desespera mi amanecer. Confundo la vida con un cuadro de Francisco Icaza, *Los Médicos*. No me entiendo, no me acuso, tampoco me respiro bien. Mañana, tarde, noche, no lo sé, me intriga el instante, me intrigo y me entrego. No hay agua en casa, no fluye por las tuberías y el sudor sigue adherido al cuerpo. El grillo debajo de la cama canta desesperado en sus noches eternas, me desespero, apresuro mi tiempo para vestirme, para entregarme a la vida que me odia, y sudo, sudo, sudo de mí, sudo lo mío, sudo.

En la calle, con una tonada de los Báandalos Chinos en la testa, en la neurona traviesa, intento caminar normal, pero normal no soy, normal no me encuentro. Una mujer me rebasa, me despedaza la rutina, una mujer y su voz: ... *pinche mierda, pinche mierda, pinche mierda*. El inclemente calor en la Ciudad me odia, camino en mis rencores, *lento, todo lo hago lento*.

LA MUJER DE UÑAS MALTRATADAS

Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz.

— Ay, es que de plano ya no sé qué hacer con los chamacos...

— ¿Por?

Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz.

— No sé, no sé, ya no les entiendo, ya no los entiendo, les doy todo, les hago todo, trabajo para que estén bien, para que tengan algo de comer diario, pero nada más no entienden, no se dan cuenta, no sé qué es...

— Pero, ¿por qué tendrías que saber?

Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz.

— Pues porque soy su madre, los conozco desde siempre, sólo por eso, pero en serio que ya no puedo, no puedo más, diario lo mismo, diario, digo, no es que sean malos conmigo...

— ¿Entonces?

— ... es que no son, no son...

— No son como tú quisieras...

— Ándale, algo así, no como yo que quisiera, pero de menos como esperaba...

— Ya...

Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz.

— Y, ¿qué piensas hacer?...

— De pensar, nada, nada, no me reclaman nada, o no me lo dicen, pero lo sé, no sé si es lo de Humber...

— El papá...

— Dizque... no sé si es eso y no me lo dicen o no sé qué cosa, o la vida o diosito, yo qué sé pero sí por mi fuera no serían así...

— Si por ti fuera, pero no es por ti....

Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz, Ssssszzz, ssszzz, ssszzzzss, ssssszzzz, ssszzz, ssszzz.

En la calle de la Alcaldía Tláhuac el calor deshidrató las mentes, las ideas, aumentó las pasiones, las remembranzas. Las señoras seguían en su plática mientras las uñas de Rosa eran limadas por Carmen en esa primera etapa de la manicura, aquellas uñas maltratadas rogaban unas caricias y Carmelita sabía cómo hacerlo. El ventilador dentro del lugar de paredes azules les aliviaba uno que otro dolor al mismo tiempo que se llevaba entre los vientos sus palabras repletas de honestidad. La Ciudad pedía clemencia ante las enérgicas ganas del sol y sus ardientes caricias.



ARDUA TAREA LA DE MAQUILLARSE EN EL METRO

- Todo lo que le diga, dudo que tenga muchos argumentos para defenderse
- Es que hablar con ella es hablar con una pared
- Pero te digo, no ves que le pagaban la plaza porque les daba lástima
- Sí... que el aguacate, que los limones
- Yo por eso quiero ir a ver a esa señora mañana....
- Ya.... Ay, éste color me encanta
- A mí no, no se me ve bien
- Ay no digas...
- Pus sí, es que estoy bien prieta
- Ni digas...
- Y luego ¿qué?, con el que te estaban echando a andar.

Brochas, esponjas, labiales, olores dulzones, lápices, las tres mujeres maquillándose en el vagón del metro de la línea dorada, sentadas una junto a la otra, con sus bolsonas en las piernas, untándose cremas, polvos en los pómulos que a cada fino brochazo tenían otra pigmentación. Las tres modificaban su ser en el trayecto monótono de la línea dorada.

- Y luego, me dice Dana, antes de llegar con la viejita... pasa a saludar, y yo de, ni madres
- Ya ves cómo es, pero te digo, es la mismita pared
- Ay manas, pues yo lo siento tanto, de verdad, pero pues qué le hago, no me toca ni me importa y nomás no quiero que me anda amargando
- Eso sí
- Eso sí
- ... miren yo uso éste, éste y éste... el verde clarito es el que más me gusta
- Se te ve bien... y pues ya, finalmente pues ya, una a lo que le toca...

El paisaje de nubes gigantescas, montes repletos de árboles y casas esperaba ansioso una lluvia taciturna al son de vientos veraniegos. El hombre de gesto adusto y audífonos enormes, de píe, recargado en la puerta del vagón, escuchaba un rock progresivo para no caer en las tentaciones del mal pensar. El metro aniquilaba segundos en cada giro de sus ruedas metálicas.

MANZANA CON CHAMOY

El policía da una mordida a la manzana con chamoy y la sostiene con la mano derecha. Sentado, voltea para ver si no lo andan fiscalizando. Respira hasta que los pulmones obtienen un alivio. Le altera los nervios poder ser sorprendido por el supervisor que ya le ha dicho que no coma en horarios laborales. La manzana se la dio una trabajadora de la compañía, le dijo que se la había comprado por ser tan amable, el policía le dijo que no se lo permitían, que no le dejaban comer, la trabajadora le dijo que se la había comprado a él, que no le hiciera el feo. El policía, con una sonrisa de antojo y hambre, la tomó y la guardó entre el chaleco antibalas. Cuando iban llegando los últimos autos del horario de las once, el oficial le dio las mordidas a su manzana. Cuando menos lo esperaba, el supervisor llegó.

- Buenos días, Robles
- Comandante... (aún masticando y con el trozo de manzana atragantándose en su garganta)
- No pus pásese el bocado... ya le dijimos que no ande comiendo en horas de labor
- Perdone señor
- Perdónese usted, ¿que no desayunó?
- Sí, pero me la regalaron...
- Buenos pues guárdese la y alístese en su puesto
- Sí mi comandante...

El comandante se fue a ver a quién más chingaba. El policía flaco y de gesto pícaro, se terminó la manzana, que por cierto, estaba deliciosa. Un auto entró al estacionamiento, el conductor escuchaba a buen volumen un bolero ansioso de amores inolvidables. Las primeras gotas de lluvia chocaban con las hojas de los árboles más altos que asomaban sus salvajes raíces en el asfalto.



EL HOMBRE HUNDIDO

– Qué va a decir usted, este viejo está loco... pero, es que esta hierba nomás me tapa los tubos y luego nomás me lleno de agua...

– Y, ¿qué es eso...?

– Es pa que se seque la hierba

– ¿Y cuánto tarda?

– Con éste, no tarda mucho... una semana y ya queda...

Los perros mugrosos y de melenas apelmazadas seguían al señor que rociaba la hierba alta del arrollo. La autopista se esforzaba en guardar los ecos del motor de la última camioneta que había pasado. Las nubes se entretenían pensando en su delicadeza, el mundo se regodeaba con el calmo paisaje. La vida mantenía el equilibrio en la espina del maguey más frondoso, que en una de sus pencas conservaba un pacto de amor encerrado en un corazón atravesado por una flecha. El aroma de tierra mojada intentaba no sufrir con el olor aceitoso del líquido esparcido por el anciano de baja estatura.

– Y usted, ¿para dónde va?

– A la presa...

– Mmmm... pero a qué va si ya no hay más que nada, agua verde y mosquitos....

– Pues a ver qué me encuentro...

– Qué va encontrar, puro perro y maguey manso...

– Pues sí, a ver qué encuentro...

– Qué va encontrar... qué va encontrar, abandono nomás...

– Pues sí, eso, eso ando buscando...

– Nambre, y yo soy el loco...

Los perros comenzaron a ladrarle al viento, el más pequeño pero más bravo, decidió ladrar recio y sin pausa. Los mosquitos se entretenían en los árboles y los magueyes más podridos. Al llegar a la presa, el sujeto se miró en el estanque rodeado de gigantescas nubes. Al son del ladrido del perro chico se sumergió en las aguas turbias. Tres aves que buscaban truchas levantaron el vuelo extrañadas por el acto del hombre. El sol observó el hundimiento de una insignificante porción de la raza humana. Dos renacuajos nadaron, rebanando con una delgada línea el reflejo de los árboles y las nubes que aún no se creían su belleza.

UN HOMBRE CANTA CANCIONES DE JAVIER SOLIS

- Aférrate papi, aférrate...
- Pues sí, nomás que...
- Nomás qué... qué... aférrese, póngale galleta y ya nomás así...
- Fuera tan fácil... pero no...
- Ora, éste, pareces disco rayado... aférrate papito, éntrale dale... es más, espérate...

El señorsito de camisa amarilla, sudadera gris, pantalones muy mugrosos, lo mismo que el rostro y las manos, se levantó de la banqueta, caminó acelerado hacia el metro, Tlalpan en sus aires más mequetrefes, el señorsito llegó a la estación, subió las escaleras, masticó algunas palabras chuecas y luego gritó la estrofa de una dolorosa canción, en los torniquetes no había polí y con una maniobra olímpica se coló a los andenes, bajó las escaleras con limitada pericia, miró a las personas que esperaban en el andén, peculiar y seguro de sí mascó en su chimuela dentadura una corta charla: *¿Conoce a Javier Solis? ¿Lo conoce? ¿No es cierto, cuál se sabe? ¿A ver cuál? Mire, si me permite, sólo... sólo si me permite, no es que quiera molestarlo, nada, pero si me permite, mire, yo me sé estás... Adiós, adiós, adiós, Borinquen querida, tierra de mi amor, adiós, adiós, adiós, mi diosa del amor, mi reina del palmar... no no, esa no, o sí, sí, no, mire, también ésta, pero escuche... Quisiera abrir lentamente mis venas, mi sangre toda verterla a tus pies, para poderte demostrar que más no puedo amor y entonces morir después.... no, ¿tampoco?... El metro llegó, no supe si aplaudir, sonreír o agradecer, pero el daño estaba hecho y del sacón de onda era esclavo, le dije que pues ya me iba... bueno, bueno, no tendrá una moneda para apoyarme. Algo. Pues con la prisa y la cosa, le dije que no, que diosito se lo pagara y me subí al metrónomo. Se cerraron las puertas, el metro avanzó y el vagales se quedó cantando las dolorosas a una pareja confundida por la serenata citadina.*

PARADERO

- ¡Levanta tu osamenta!
- ¡Quíubole pinche arrastrado del cacho!
- ¡Ah poco los cerdos manejan!
- Trais ciento cincuenta en la marimba, acá –señalando una bolsa de plástico dentro de un orificio en el centro del volante– está tu gas, ... no te hagas pendejo... da bien las vueltas con esa gas, no mames
- ¿Qué?
- Qué, tanates, no te hagas pendejito
- Ora...
- Y acuérdate que el Patas Muertas viene por fuera
- Ta bueno...
- Ora pues, jálate
- Súbale, súbale, lleva lugar, súbale, no es baño pero huele igual, rosas, lavanda, súbale.

El vaho del bote de los tamales atraía a las y los paseantes matutinos. La lluvia de la noche anterior había inundado varias colonias del poniente. El camión de la basura se detenía en la esquina. El vigilante del condominio gris platicaba consigo mismo mientras cerraba la puerta del garage. Esa mañana, no llovería.



GRILLAR LA NOCHE

Subo a tender la ropa porque hoy habrá un poco más de sol. Bajo y me como unos winis de piña que había comprado en la tienda. En la tele la carrera de los cien metros en las olimpiadas. Me mal viajo. Me pongo los audífonos y le subo a los tumbados. Las nubes comienzan a oscurecer la tarde. Sacudo la cabeza y decido dejar la ropa tendida, aún con la amenaza pluvial. Ya ni modo. Se percibe el frío que antecede a la lluvia. La Ciudad en sus charcos, en sus ganas de obsesionarse con mojar la ropa ajena. Sin indignarme, me acuerdo de mi hambre. De la mesa de madera tomo la bolsa de estraza, busco el trozo de pan sobreviviente, sirvo agua en la cafetera. Varias cucharadas de café de Puebla. Unos minutos y trato de descifrar si esto es un cuento, una invención, un relato. En mi radio suena la última tanda de ochenteras. Comienzo a sentir la comezón en la dentadura, afuera comienza a llover a ritmo intenso, vacías las calles, mi cuerpo se retuerce en cada gota que cae en el asfalto encharcado de la Ciudad Llanto. Me retuerzo y pierdo la voz en un agudo cantar. Me hago pequeño, mínimo. Busco el rincón más oscuro y espero a que la noche inspire mi canto.

Los faros de las calles se encendían ante un cielo con pocas estrellas, se escuchaba recio a un grillo agazapado en algún lugar de la Ciudad.



SALA OSCURA

Me fui a dormir a un rincón de la Cineteca, por ahí, perdido entre los arbustos. Tenía un chingo de sueño, me dormí, estiré el cuerpo, recargué la feis sobre la mochila, me dormí. Me desperté yo mismo, estaba soñando conmigo mismo, que estaba dormido, en algún lugar. Me desperté, caminé hacia la taquilla, me rebotaba una canción en la cabeza, algo del Weeknd, me encanta, caminé, miré a un hombre sentado en una banca de concreto, bajo la sombra de un árbol atascado de verde, dormitaba, intentaba no dormir, no quería dormir, pero dormía, sus párpados cerrados pretendían abrirse, la tarde comenzaba a sentir las infamias de los vientos fríos. Entré a la sala, me senté, se apagaron las luces, se encendió el proyector y yo desperté, ahí, en el rincón de la Cineteca. Me volví a dormir, la película apenas comenzaba.

MARTES DE DICIEMBRE

- ¿Qué, no te gustó?
- Sí...
- ¿Qué te hace falta o qué?....
- ... naaa... un pitufo...
- Ahh... éste borracho....
- ...

Se aventaron par de pitufines más y salieron hasta el rabo del lugar. Decidieron caminar sin rumbo, salieron hacia Reforma, a la altura del Cuauh, se toparon con el plantón cuatro veinte que hacía retumbar las conciencias sanas con un dub muy indecente y un aromita de kush bastante espeso. Era martes... caramba, esta gente que no entiende de horarios, de vidas, de oficios, vagales, cara sucia, infelices. Era martes, se dieron las tres en el plantón, palabrearón durante una hora de mierda y media mientras los autos pasaban aceleraditos, en los turibuses las personas les observan con ganas de aventarles alimentos. En la Ciudad hacía frío de calentamiento global, acá, mala onda, lastimero, vengativo.

Se levantaron con las nalgas todas polvorientas, caminaron, alucinándose con las esculturas, los edificios, las nubes y el paisajes que Novo, Monsiváis, Garro y Fuentes ya quisieran. La región más mugrienta del aire, y a esa hora la más rojiza, llegaron a la plaza de la Revolución, ahí, bajo el monumento, intento de, pedazo de otra cosa, pero pedozote, de roca tallada, se acercaron a las jardineras y encontraron a un grupo de muchachas y muchachos escuchando con mucha atención la batalla de rap. Este par de amigos, todos pedos, comenzaron un desmadre, se sintieron los muy Kendrick y que me los bajan a puros sapes y cocolasos, por manchados, por andar arrebatando el máicrofon y querer hacerse los Daniflou y les salió puro dinero dinero, patitas pa qué te quiero, se pelaron el par de pitufones por unas calles medio escandalosas de la Tabacalera, se perdieron un rato entre sombras, risas y vomito y miado. Al sentirse un poco más tranquilos pero igual de pateados por los azulitos, reiterando su actitud absurda, entraron a un edificio blanco, apenas habitado, luces amarillentas, silencioso, olor a humedad, pasaron y subieron las escaleras que estaban hasta el final del patio de baldosas blancas y negras, escalón tras escalón era una escandalera, risotadas, tropezones, recitales de canciones y poesía mexicana, a veces algo europeo, puras mamadas.

Y hoy que enloquecido vuelvo, buscando tu querer, no queda más que viento, empezaron a cantar, a gritar, los cabrones, mientras llegaban al último piso, encontraron una puerta abierta, pasaron y exploraron el enorme loft, algo #lindo lindo, la Ciudad

apenas se iba iluminando, unos ventanales gigantescos, gigantesca lo arrogancia de esos edificios, de ese espacio, esas construcciones, de esa Ciudad apabullante... *Y si acaso no brillara el sol y quedara yo atrapado aquí, no vería la razón...* le gritaban al cuarto, a las paredes, a la oscuridad. Se cansaron, se sentaron en el suelo y prendieron lo que les quedaban del porro. Platicaron y antes de culminar con una historia efervescente, llegó un guardia con su amenazante linterna. Les pegó de gritos y pidió apoyo a la tiranía, más pronto que tarde, el par de gruexos se pelaron, todos #anestesiados, todos #azuliados, bajaron en chinga las escaleras, algo fríos, corazón latiendo mamón. En la calle intentaron mantener la calma, el guardia seguía gritando atrás de ellos, los autos, las personas, el ruido del martes, te digo, era martes, chale, pero bueno, el cotidiano les disfrazó y se perdieron. Decidieron caminar, otro largo rato en busca de la noche que hubo de extirparles el alma entre aromas decembrimos y canciones de yingon bels.



COCTEL DE FRUTAS

– Me dice mi mamá, no, no, no vayan a gastar más de ciento setenta pesos en una playera, no, no, ni que fuera caridad, no, no... ¿Cómo ves?, que así me dice... te digo que se pasa, y ya, ¿cómo ves?, me hice el tinte de nuevo, ¿sí se ve, no?...

– ¿Qué va a llevar?

– Un cóctel en charola ...

– ¿Con todo, chantilly, granola y miel?

– Sí, con todo...

Ruidos de licuadoras, batidoras, cuchillos cortando fruta y chocando con las tablas de madera, la radio en la estación de las viejitas pero bonitas, extractores sacando jugos. El domingo en las calles de la Ciudad comienza a desesperar, las personas en su modo más navideño y consumista. Un vago camina en medio de la calle con su gorro de santa clos, el porro encendido en los labios y las palabras más incoherentes del mundo saliendo de su garganta. En la sombra, el frío se siente temerario en la piel.

TRES PANDILLOS INVENTANDO SU TIEMPO

Nos preocupaba poco dormir y la ceniza del cigarro de Toño caía delicada en el atascado cenicero. Las colillas formaban, a esas horas de la madrugada, un monte amarillesco, casi ámbar oscuro sobre una capa espesa y volátil de restos de tabaco aún humeante.

Estamos atrapados en una densa nube que se estanca en nuestras mentes y se atasca en nuestros ojos y las venitas rojas en ramificaciones invadiendo todo el globo ocular. El humo de Toño y Malaquíás. Por unos segundos parece que todo lo que escucho de su boca son palabras humeantes, grisáceas e intensas. Me despabilo, a uno de esos dos, que visten sus playerotas amplias, sudaderas oscuras de capucha, también bien #ampliotas, #tumbadas a lo chido, a lo tranqui, a uno de esos dos se le ocurre poner en las bocinas Stoned, de McMiller. Deslizo mis manos entre mi cuerpo hasta encontrar mi móvil, envío un mensaje y el meme de un niño haciendo una graciosa, me clavo en ese pensamiento, en el meme, en el hecho de que esté enviando la imagen de alguien que ni topo y que además busca provocar risa, #chale, qué #debraye, que atascón de la mema, chale, chale, *tal vez en otra galaxia sí fue diferente, tal vez ahí sí se nos dió lo que quisimos siempre*, me suena en la sesera aún en este espacio, este lugar en donde la wawara nos mantiene vivos, la música suena en las bocinorras, los vecinos nos tiran algunas malas miradas, pero pues la verdad a nosotros nomás nos interesa desafanar un rato el mal rollo del mundo e intentar salvarnos.



EL CHAVO QUE SE DIO CUENTA QUE SOÑABA

Mira a esa mujer y su esbeltez, mira su entallado traje sastre, la mujer mira al señor que duerme y duerme y duerme, escucha sus ronquidos, el ruco respira recio y sueña, sueña tanto, tan bonito que su cuerpo no soporta tal emoción, un impulso eléctrico le despierta, alarmado, el don abre los párpados, mueve lento su cabeza, pasa saliva y mira a la joven que escucha música en sus audífonos, observa cómo mueve sus labios siguiendo la letra de la canción. El joven que mira a la mujer mirando al señor dormilón, se acaba de dar cuenta que quien sueña es él. Entonces sabe que puede hacer lo que quiera, se da cuenta que ahí, en esa extraña manera de existir, puede y quiere dejarse libre. Se desliza entre el destiempo, se escabulle para no volver, para no regresar a esa forma tan primitiva de existir, se desvanece e intenta llegar hasta las nubes, a sus pasados. Lo logra pero comienza a perder el control, no le encuentra sentido a los pasajes por donde deja su efímera existencia. Una música bien #maciza le truenan en algún lugar de su ser, de su noser. Comienza a sentirse liviano, se acerca a la satisfacción más inaudita, la tranquilidad comienza a devorar su éxtasis, su evanescente fluir. La vida, la no vida, le queda lejana, muy lejana, las personas, las cosas, la impaciencia se le va agotando, el estrés, la mugre de la vida se le va resbalando. En contra de todos sus principios, en ese ambiente colorido y amable, a veces peligroso y peculiar, decide echarse a dormir, decide no existir en otro sueño y se va bailando liviano entre nubes de tonos cambiantes. En un mar de no sé que país, un cuerpo flotaba tranquilo, una sonrisa se mantenía insaciable en ese rostro que muy pronto iba a ser carcomido por la sal.

MOMENTO INICIÁTICO DE UN VAGO

Me miro reflejado en el vidrio del metro, llevo una vida haciéndolo, mirándome y desconociéndome, pero también asegurándome que estoy ahí, inmóvil frente al reflejo y la Ciudad detrás, o delante, avanzando rápido, ¿me muevo o se mueve el tren?, yo de pie, la mente en la calma de un enero en frío, en letargo helado, un invierno contaminado, una situación interminable y el mundo dando su lenta vuelta. Me miro, mis gestos son tan distintos, son tan predecibles. Se abren las puertas, un vagonero escucha en su celular las nuevas del conejo malo. Señoras y señores, aún hoy, ya de noche, llevan juguetes en bolsas negras de polipapel, aún ahora es buen momento para intentar dar una alegría aunque sea a uno mismo con la sonrisa ajena, con la infante risa, con la magia realizada. En mi testa infesta de latires urbanos no deja de sonar la rola de Texeiro que canta el Mastuerzo, *las heridas me dolieron, casi casi tanto como tú... el descanso me costó el combate ante al patrón, contra el líder sindical, su aparato de control*, me detengo varios minutos en el andén del metro, me aburro un poco del curso de los autos, de las nostálgicas luces navideñas, de la vida en el consumo, en la pretendida melancolía monetaria, respiro el hastío del dinero, del amor a la maldita mercancía. Las personas abordan y salen de los vagones, el reloj digital dá las 26:49hrs, este tiempo mentiroso, esta desleal capacidad de hacerme sentir cómodo. Los trenes llegan a la estación y se van llevándose suspiros y dramas ajenos. La doña de la limpieza me barre los pies para salir de mi espanto citadino. No me creo la vida, no me creo esta mentira, no me la creo y respiro el aire milenario, no pretendo dar un paso más en este absurdo mundo, me siento en la incómoda banca negra, espero a que llegue la noche y un policía, malhumorado, me saque de la estación. Afuera, en la calle, aguardaré aplastado en la banqueta hasta saberme despierto.

EL CARNALITO HIPNOTIZADO FRENTE A LA T.V.

Escatimo los segundos entre el ligero vientesillo provocado por mi parpadeo y mis pestañas parecen enviar mensajes codificados a la noche, una soporífera situación que me induce a la pereza mental, al desgano, al tiempo que no es tiempo, no es espacio, no es tangible. Absolutamente nada. Todo se presenta confuso y estoy aquí, ejercitando involuntariamente mi dedo, la única porción de mí capaz de vencer el letargo mediante el automatismo contagiado por ese montón de puntitos convertidos en imagen, esa luz, que mentirosa, crea colores que se impactan en mis pupilas.

Todo es aburrido en el televisor.

Me marca mi compita por el wats y se pone a wawarear mientras las noticias son cada vez más violentas, absurdas.

– Quíubolas rufián, ¿andas bien iluminalien?

– ¡Qué pasión! Al cien papasote, aquí nomás dándole al lastimoso zapping

– Ora cabrón, apaga esa chingadera... anoche anduviste con tu quedando , ¿o qué jais?

– Nones, eso ya fue, rey... mejor sacando que es gerundio...

– Na pues ni maíz, macizo de macizos, más bien te tiraba el cable pa' ver si te jalas de greñas al cantón y me ayudas a pintar...

– ¡Cámara Picasso! ¡Qué huevota! Pero va que va, nomás deja que acabe mi novela...

– Cuál novela, jálate ya, acá desayunamos unos huevos volteados...

– Ora malora, aguántese las ganas y retumbo de ganas...

– Íralo, pues hablado, rey, te veo por acá, traite ropa cómoda...

– Ya rugiste mi Simba, te veo al rayito colombiano...

– Zaz, ya apaga esa madre, levanta las nalgas y aviéntale ganas...

– Chorizo le pones al desayuno, jijo del maíz...

Pues le hizo caso a su compa, levantó su osamenta del sillón, se le despertó el apetito de tanto albur, tomó su celular y buscó una rolita en el internet, una cumbia medio tranqui del Jasiel N., *Código Postal*, se acordó de la muchachorra, sonrió y buscó las garras más jodidas para darle a la labor del Picasius. Apenas comenzó a salir de su desmadre mental. Mientras tanto, en el país de las janburguers y las películas de superhéroes, su presidente no se cansaba de hacerse el chistoso con su agresividad blanca. El mundo destruyéndose en las noticias y en

algún lugar de esta Ciudad una doñita pedía medio kilo de tortillas y pagaba con puras de a peso.



EL CALOR DE UN DOMINGO Y LA GENTE FORMADA

Los tenis imitación flagrante. La moto grandota. La gorra tumbada. Las paredes grafitiadas, placas, bombas, piezas. El olor dulzón de las carnitas, la longaniza, la barbacoa y los tacos dorados, la fritanga dura. Los mototaxistas tirando claxón desesperado. Los perros mendigando huesos de borrego. Los coheteros tronando en el cielo y el santo despertando temprano. Los chamorros escurriendo la grasa sabrosa. El taquero y su voz calma.

– Ya luego se podrá

–No, mano, sí ando sacado de onda, pero ora que pase todo esto, ya verás que se podrá...

– Le digo, aguante tantito, apechugue un poquito...

– Ora pues, nos vemos al rato...

La cubeta de plástico con el jugo de naranja, las bolsas de polipapel con el vianderío. Los pasos lentos. La caca de los perros en las banquetas. El sol, de nuevo, en su más profunda reflexión, disfrutando un domingo en la Ciudad, cuando el Metro acelera y sus llantas rechinan en las vigas. La banda de rock cristiano le sube a la alabanza, el sol, el sol, se aliviana y nomás se muere de antojo, qué daría por un plato de esa birria, por ese consomé. La gente formada en los tacos, soportando las delicias del calor, esperando, pensando en la vida que les toca vivir, sonriéndole al astro, a otro día en la vida.

– ¿Estás formado?

CASCADA

El emparedado de pan integral con lechuga, queso, jitomate y jamón. El café soluble con leche en vaso de unicel con tapa y popotito para beberlo más rápido. Las mordidas apresuradas. El equilibrio entrenado. El peinado aún húmedo. El metro avanzando torpemente. Daniela piensa en su padre. Se acuerda de su voz. Se acuerda de cuando era niña y fueron a las cascadas. Sorbe café, una mordida al sándwich. Ella piensa, muy seria, sin gesto aparente. El metro rechina en la curva de Periférico. Dos mujeres de uniforme azul y bolsas de mano de vinipiel, charlan de las últimas noticias de la tele. Daniela mira detrás del vidrio de la ventana, las nubes se alejan, se acercan los edificios, muerde la comida. Algunas personas se levantan y se acercan a las puertas cuando el tren llega a la siguiente estación. Ella, Daniela, cansada, se sienta en un lugar de la orilla. Cierra los ojos y, más allá de la música jazz sonando en las bocinas del vagón, escucha el caer constante y pesado del agua sobre las rocas lisas. Alarma del cierre de puertas. El metro arranca. Las mujeres del uniforme ríen en tonos discretos cuando el transporte se hunde en la tierra.









Editorial Nanahuatzin

De frente al sol. Y sin su luz casi nada. EDITORIAL NANAHUATZIN aparece para dejarse letra en estos años, en este milenio tan dosmilero, tan de transformaciones. EDITORIAL NANAHUATZIN, en este tiempo, hasta donde su luz de intrépido y vulgar sol, nos deje.

¿Qué vas a encontrar? Textos, textos, textos, videos, videos, videopoesía, antropología visual, entrevistas, audios, rock, rolas, minificciones, fotos, fotos, fotos y un buen de onda.

Surge en la Ciudad de México.

Diego Robleda Navarrete | Escritor (Sacrificios, 2019 | Infamias Cortas, 2023, Desvaríos Mínimos 2023) De la Ciudad de México. Nacido en 1984, el día de la explosión en San Juanico. También es realizador audiovisual, se dedica a la videopoesía, documental y la antropología visual. Sobra decirlo, le gusta el jazz grasoso. Es doctor en Ciencias Antropológicas.



ESTE COMPILADO SE REALIZÓ EN LA CIUDAD DE MÉXICO

| IZTAPALAPA |

Su usaron las tipografías: Songti SC, Poplard Std

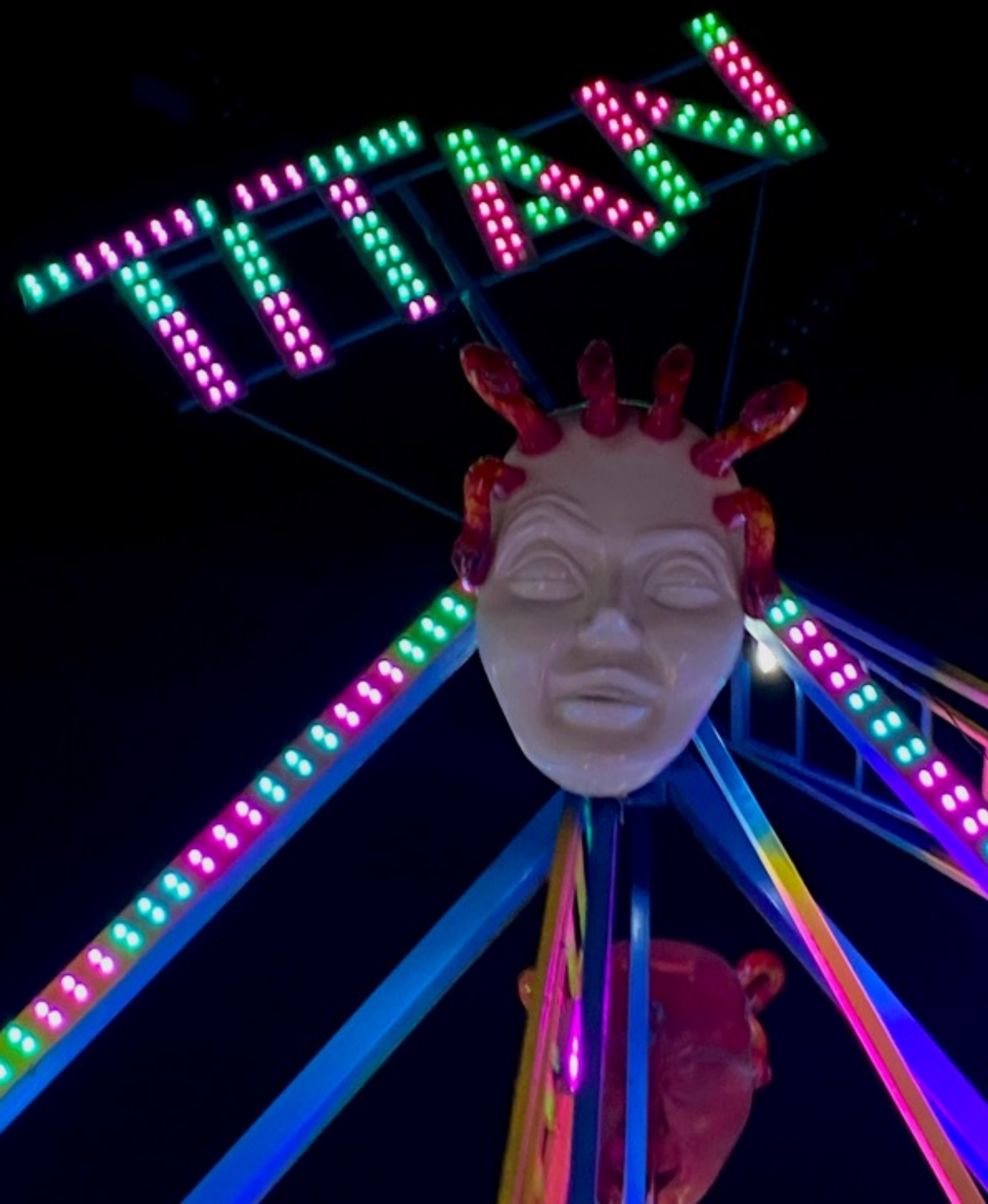
MARZO 2025

DRN

Situaciones Peculiares, se edita con la intención de evitar las sensaciones paralizantes, para provocar, para compartir y aliviar algunos segundos en este planeta.

Gratis

www.editorialnanahuatzin.com





**Editorial Nanahuatzin*
NARRATIVA